

—Escucha un secreto, que has de guardar en el fondo de tu alma, sin que le adivine nadie: ¡soy madre!....

—¡Tú!.... Alejandrina, ¡qué dices!.... ¿eres madre y te avergüenzas de serlo?.... ¿lo ocultas como un crimen?....

—Nunca, Guillermina, nunca me creas culpable; no es el rubor lo que me hace humillar la frente; es el horrible peso de mi destino cruel. Soy la esposa de un hombre indigno de mí: esto es todo; se quedó con nuestra hija y me permitió venir á España á cumplir una deuda, á vengar la muerte de mi padre, y á recobrar ese título que me pertenece; este asunto toca á su fin, y el término que me ha concedido espira, segun acabo de decirte, el último dia de Octubre. Ahora, que ya lo sabes todo, compadéceme y no me preguntes mas; no puedo decirte otra cosa. Hablemos de tí, de tu amor..... ¡vosotros sereis dichosos!....

—¡Ah! también la dicha está reñida conmigo.

—¿Por qué? ¿no habeis conocido al fin el estado de vuestros corazones? ¿no os amais sin trabas de ninguna especie?

—Sí, pero no podemos unirnos; yo no tengo marido hace quince años, y sin embargo, no soy libre.....

—Entiendo: te falta la prueba de su muerte, ¿no es eso?

—Justamente.

—Pues la tendrás; yo te la daré.

—¡Tú!... luego sabes su paradero, conoces su desgraciado fin... el infeliz:.... quién sabe la série de infortunios que habrá tenido que arrostrar para no haber vuelto, siquiera á pensar en su esposa!....

—¡No le compadezcas!.... tu marido fué culpable, y no merece ni tu consideracion, ni tus lágrimas, ni tu amor; así pues, arranca completamente su memoria de tu pecho y conságrate sin remordimientos al conde; bien merece esa recompensa tu enorme sacrificio, tu inmensa desgracia soportada con tanta nobleza.

—Pero ¿tú sabes.....

—Ni aun te permito pensar en él..... silencio, no me preguntes; dispon tu boda con el conde, y si necesitas la partida de defuncion, la tendrás; yo te la ofrezco.

—Me dejas confusa, con mil dudas que no quieres desvanecer, exclamó Guillermina, mirando con aire de súplica á su amiga.

—No puedo decirte mas; quizá algun dia aparezca á tus ojos la verdad clara y sin sombras. Entonces tendrás lástima de mí y te será odioso el recuerdo de tu marido.

Un criado anunció que la comida estaba servida; la condesa, deseando cortar aquella conversacion que la hacía sufrir, se levantó inmediatamente y dijo:

—Vamos, amiga mia: el doctor nos acompaña en la mesa.

—Tambien tengo que decirte dos palabras acerca de este sombrío personaje; permite que le llame así.

—Eres muy dueña de calificarle como gustes.

—¿Sabes en qué sentido está con respecto á mí?

—Te aprecia mucho; le he oido nombrarte siempre con elogio; ¿por qué me haces esa pregunta?

—Porque sentia mirarle como enemigo, y tengo motivos para dudar de su amistad.

—Es un hombre muy extraño, no le hagas caso; hoy quiere con delirio lo que ayer despreció.

—Solo así se comprende su conducta para con nosotros.

—¿Qué ha hecho? cuéntame.

—Prolongar mi martirio por un tiempo indefinido, y si la casualidad no me hubiera hecho conocer el amor del conde, quién sabe lo que sería á estas horas de él y de mí.

—¿El doctor conocia vuestras relaciones?

—Sí; estaba perfectamente enterado; sabiendo lo que ignorábamos nosotros mismos, que nuestros corazones palpitaban acordes, animados del mismo sentimiento, y estaban desunidos por una mala inteligencia, la cual pudo aclarar con una palabra, evitándonos muchos dolores, y no lo quiso hacer, como si se complaciese en desunirnos, en atizar entre nosotros el fuego de la discordia.

La condesa se quedó profundamente pensativa.

—¿No me contestas, amiga mia?

—Estaba pensando en lo que acabas de manifestarme.

—¿Te parece muy original?

—Bastante; y se me ocurre pensar, si te amaré el doctor.

—¡Qué disparate!.... amar él... debe tener el corazon marchito; por lo menos sus sentimientos, su modo de obrar, todo lo hace comprender así.

—¡Quién sabe! el corazon del hombre es un arcano; en fin, vamos á comer; yo le hablaré y descubriremos este misterio.

Las dos damas se dirigieron al comedor, donde ya el médico negro las aguardaba, contemplando desde el balcon las secas hojas que, desprendidas de los árboles, arrastraba el huracan.

Alejandrina iba diciendo entre sí:

—¡Cuán egoista es el corazon del hombre!.... La condena á una eterna viudez, la niega su amor por entregarse á una quimera, por esperar la realizacion de un sueño; y cuando vé que puede ser feliz en los brazos de otro hombre, procura evitarlo, sin considerar que labra la desgracia de ambos! ¡Oh, egoismo, egoismo! ¡cómo te enseñas en el corazon humano!....

El salon que en el palacio de Alejandrina servia de comedor, era una de las habitaciones mas alegres de la casa. Tenia los balcones al jardín, enfrente de ellos estaban las jaulas de los leones, que, movidas por ruedas, daban vueltas, ó corrian á lo largo de una calle de árboles, causando esto la diversion de Alejandrina, algunas veces que no queria bajar ó estaba de mal humor.

Cuando las dos amigas entraron en el comedor, el médico se volvió rápidamente, apartándose del balcon para saludarlas.

—¿Qué contemplaba V., amigo mio? le dijo Alejandrina; ¿acaso mis leones?

—No, señora; veia como el viento se lleva las hojas secas.

—Así el huracan de mi vida arrastrará muy en breve mi pobre cuerpo á otras regiones.

—¿Qué dice V., señora? ¿tan poco tiempo piensa V. permanecer en Madrid? dijo el doctor alarmado.

—Un mes escaso.

—¿Y esa resolucion es irrevocable?

—De todo punto irrevocable; ya tengo dadas mis órdenes para

que el primero de Noviembre se halle en Barcelona el buque que debe conducirme al Brasil.

—Lo siento, dijo el doctor.

—¿Y por qué? exclamó Alejandrina dirigiéndole una mirada escudriñadora.

—Me iba aficionando á este pais.

—Puede V. quedarse, doctor; son libres todos mis servidores; acompañándome mis dos doncellas Emma y Lindora, y mi mayordomo, no necesito mas.

—Yo no puedo ni debo separarme de V., á quien he unido mi destino por un lazo de gratitud.

—Quizá hasta poco tiempo varie V. de modo de pensar, exclamó Alejandrina acercándose á la de Mendoza, que contemplaba llena de curiosidad á los leones.

—No lo creo, contestó el médico con impasibilidad.

—Estoy admirada, amiga mia, y ahora voy dando crédito á los rumores del vulgo, que aseguraban te rodeabas de leones.

—Y no mentian: ahí los tienes; y por cierto que son bien arrogantes, ¿no es verdad?

—¡Oh! sí; ¡magníficas fieras! ¿estarán domesticadas?

—Son corderos; ya los verás seguirme y obedecer á mi voz como dos falderos.

—¿Y dónde los has adquirido?

—Allá en la India; en un pais de cafres, donde habité dos años. Los hombres allí son mas fieros que esos leones cuando estaban sueltos por los bosques.

—¿Te verias espuesta á mil peligros?

—Infinitos; á cada instante me veia rodeada de salvajes que amenazaban mi vida: y si conseguí salvarla, fué por la proteccion de su rey, menos malo que ellos.

—¿Te acompañaba el doctor?

—No; precisamente estos dos años que estuve en la India los pasó él en Rio-Janeiro: ¿recuerda V.?

—Sí, señora, dijo el médico inclinándose; no lo olvidaré nunca.

—Es verdad que debió quedar á V. un recuerdo perenne, porque á mi regreso á Rio-Janciro, le encontré moribundo.

—Salvándome V. la vida como por milagro: esta es la causa de mi eterna gratitud, por la que hago promesa de no separarme nunca de V.

—No la admito; pudiera V. por cualquier incidente variar de parecer, y además, la voluntad ha de ser espontánea; no me gustan las cosas obligatorias.

Alejandrina, sin darle tiempo á replicar, fué á sentarse en la mesa, sirviéndose la comida con la esplendidez digna de su gran fortuna.

La conversacion rodó sobre varios temas, sin que entre los tres personajes llegára á establecerse una franca cordialidad. Se miraban unos á otros con recelo.

Guillermina desconfiaba del médico; amaba á su amiga; pero no dejaban de causarla alguna desazon sus misteriosas palabras.

En su interior no podia menos de hacerse estas reflexiones:

—Ella ha conocido á mi marido; que sabe su historia, no hay duda, puesto que asegura su muerte y me promete la partida de defuncion; luego, ¿por qué no me revela esta historia?... ¿á qué ocultarla?... su interés en no descubrirme la verdad, me dá en qué pensar!.... ¡Oh!.... en esta muger todos son misterios; pero ¡qué incomprensibles!.... ¿Quién habia de pensar que está casada y tiene una hija?... ¿quién habia de imaginar dolores bajo este fausto real? ¡Dice que su servidumbre es libre!.... y yo los veo á todos, incluso el doctor, sujetos á su dominio; son esclavos por agradecimiento, lo cual en las almas nobles es la peor esclavitud. No sé qué juzgar de su incalificable conducta, ni tampoco de la que de algun tiempo á esta parte observa conmigo ese médico sombrío, cuyas miradas me hacen estremecer y cuyas palabras, dichas las mas veces con doble sentido, me hieren en medio del corazon!....

Esto pensaba Guillermina, mientras que el doctor clavaba en una y en otra su mirada de tigre. ¡Cuántos pensamientos debian bullir en su mente!.... mas ¿quién los adivinaba?... su rostro era

una máscara, pero tan impenetrable, tan sombría, que no era fácil conocer el fondo de su conciencia. No podía venderle ni el rubor ni la palidez, que ocultaba su negro cutis, y luego tenía una maestría singular para dominarse, no dejando aparecer al exterior las impresiones de su alma.

Alejandrina hablaba con ellos tranquila, al parecer, y tampoco dejaba adivinar que su pensamiento estaba muy lejos de allí.

De este modo, hablando todos en general y pensando cada cual de diferente modo, terminó la comida.



## CAPITULO XV.

**El regreso.**

Al terminar la comida, habia oscurecido completamente; el comedor estaba alumbrado con profusion de bujías de color de rosa, puestas en riquísimos candelabros de plata y en arañas de cristal.

El jardin tambien estaba iluminado, prestándole luz además de la de los faroles, los argentados rayos de una espléndida y clara luna.

—Conque ¿quieres bajar al jardin, querida mia? dijo Alejandrina levantándose; verás los leones y tomaremos café en el pabellon.

—Con mucho gusto; ya te consagraré toda esta noche; puesto que el dia de mañana se le dedico á mi hijo.

—¡Es verdad!.... ¡no me acordaba que mañana tendremos el placer de conocer á ese bello jóven!.... exclamó jovialmente la condesa mirando al doctor, sin duda con el objeto de ver qué efecto hacian en él sus palabras.

—¿De manera que será para V. un día de júbilo? dijo el doctor permaneciendo impassible.

Guillermina le contestó:

—Sí, señor; no hay placer mayor que el de una madre cuando, despues de una ausencia, vuelve á estrechar contra su pecho al hijo de su amor. Usted no es capaz de apreciar ese sentimiento, porque no tiene hijos, y es preciso para comprenderlo haber conocido los inefables goces de la paternidad.

—El doctor es un misterio viviente, dijo la condesa; ¡quién sabe si estará casado y tendrá hijos!

—Puede ser; pero yo le he oido asegurar muy formal, que es soltero, repuso Guillermina.

—Otros tambien lo aseguran, y sin embargo, los tienen; ejemplo muy reciente es el del conde.

—¡Es verdad!.... entonces no será estraño que el mejor dia nos dé el doctor un espectáculo semejante.

—Encontrando un hijo perdido, ¿no es esto? exclamó la condesa siempre sonriendo y siempre dirigiendo todas sus palabras como agudas saetas al corazon del doctor.

—Claro; y por cierto que sería muy curioso en su carácter severo, poco comunicativo, contemplarle apurando los inesplicables goces de un encuentro inesperado, dijo Guillermina.

El doctor la miró con intencion, creyendo descubrir en sus palabras un sentido oculto, tan en analogía estaban con el asunto que le preocupaba; mas no le tenian, las profirió casualmente, como hubiera podido decir otra cosa.

Un criado entró en el comedor, dirigióse á la señora y habló con ella cuatro palabras en voz baja. Alejandrina, palideciendo, exclamó:

—Voy al momento, que pase á mi gabinete; y luego, volviéndose hácia su amiga y el doctor, les dijo:

—Pueden Vds. esperarme en el jardin, mientras recibo una visita; doctor, hágame V. el obsequio de distraer á Guillermina enseñándola los leones y evitándola un rato de fastidio durante mi corta ausencia.

—Descuide V., señora, que procuraré hacerla grata mi compañía; cuando V. guste, dijo el doctor ofreciendo el brazo á la de Mendoza, que aceptó sin inconveniente, bajando en seguida la jardin.

Alejandrina salió por otra puerta; entró un momento en su oratorio, donde, arrodillándose ante una imágen de la Virgen, elevó una corta súplica, que debió tranquilizarla, porque se levantó menos agitada, y comprimiéndose el corazon con las manos para contener la fuerza de sus latidos, se dirigió á su gabinete.

Un sacerdote misionero de venerable figura y rostro angélico la esperaba sentado en un divan: se levantó al verla entrar. Ella exclamó:

—¡Al fin os vuelvo á ver!.... ¡gracias, padre mio!....

—Me has llamado y aquí estoy; pero te hallo pálida, agitada; ¿has estado enferma?

—No, señor: ¿y V. se encuentra bien de salud?

—Perfectamente, contestó el misionero volviendo á sentarse, sin reparar siquiera que ella en su turbacion ni aun le ofreció asiento.

Empero, antes de proseguir, digamos dos palabras acerca de este importante personaje que nuestros lectores conocieron en el prólogo de esta novela y que no han vuelto á ver. Entonces tenia quince años menos, y era un gallardo y apuesto jóven lleno de mansedumbre y de bondad.

A la sazón, cuando volvemos á encontrarle, representaba cuarenta años; su estatura, siempre elevada y magestuosa, aparecia algo encorvada, efecto sin duda de los muchos padecimientos que habia sufrido en las misiones, sometiéndose á toda clase de martirios con tal de iluminar la oscura inteligencia de los salvajes con la sagrada luz del Evangelio.

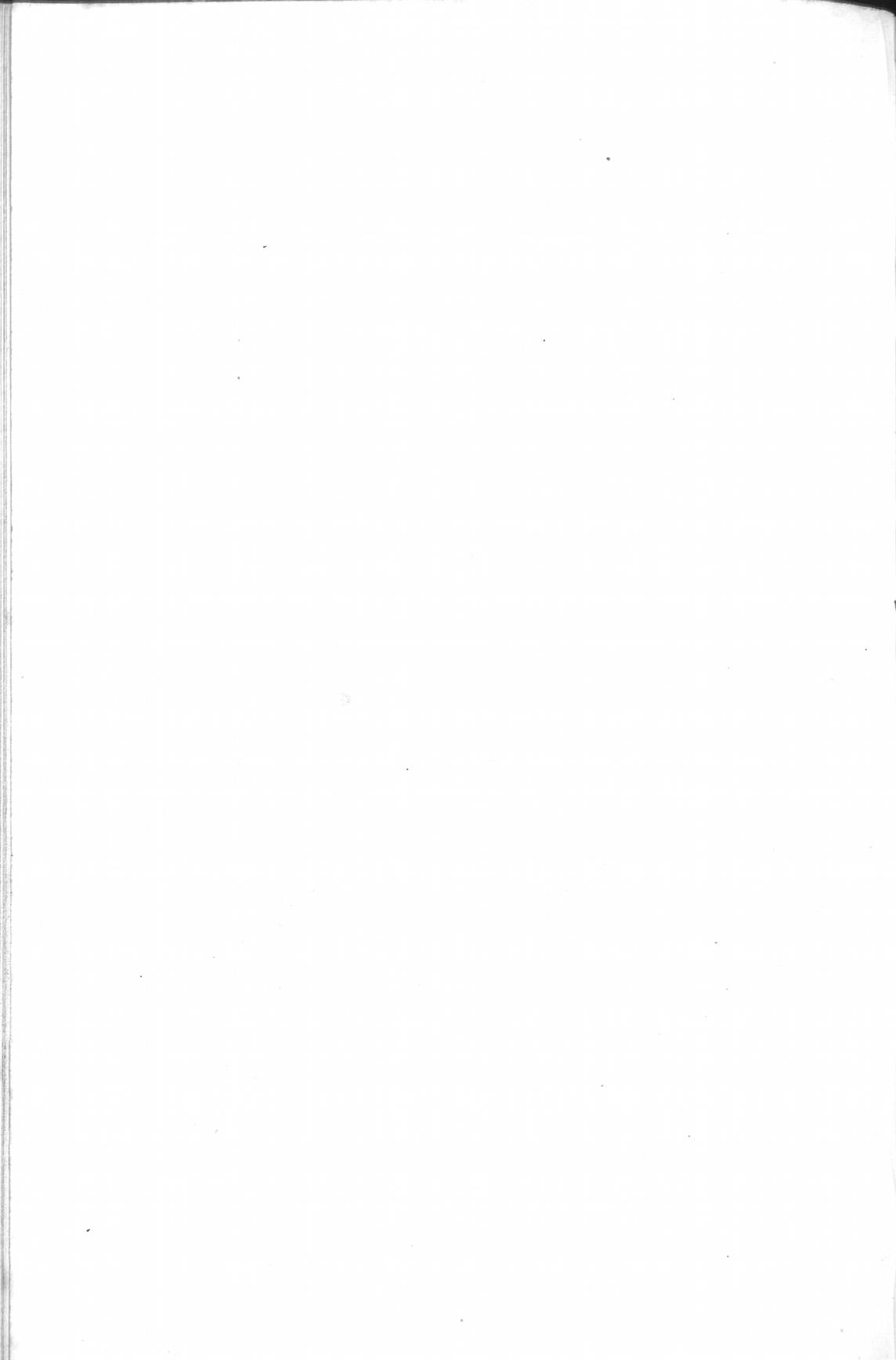
Era mas que un hombre, un sér angélico, un mártir santo que simbolizaba la caridad y el amor divino; una criatura celeste, toda bondad, toda perdon, toda indulgencia.

Desde sus primeros años consagró su vida entera á la desvalida humanidad, declarándose el apoyo del desgraciado, el consolador



Lit. Labiella, C. Monserrate. 3

¡ Al fin os vuelvo á ver!... gracias, padre mio .



del triste y el paño de lágrimas de todo el que tenía una lágrima que enjugar.

Encontró en su camino á la inocente Alejandrina amenazada de un peligro inminente, y la dijo:

—Todos los desvalidos son mis hermanos; ven, pues, pobre niña, y sírvate mi pecho de generoso escudo.

Efectivamente, la desventurada criatura aceptó su apoyo y con él la esperanza de una eterna felicidad. ¡Ay! ¡cuánto se engañaba!.... siguió al jóven misionero esperando encontrar flores, y solo recogió sangrientas espinas que la destrozaron el corazón.

¡Incomprensible arcano de la humana naturaleza!.... Embriagándose en el purísimo aroma que se desprendía de su aureola de santidad, se acostumbró á mirarle con adoracion, á comparar la grandeza de su alma con la pequeñez de los demás hombres, á ver en él un sér perfecto, justo, santo, lleno de todas las virtudes, de todas las buenas cualidades que pueden adornar á un hombre. En vano buscó otro que se le asemejara, ¡era imposible! Ninguno en la tierra estaba dotado de la perfectibilidad que fray Benigno. Era un sacerdote modelo, un padre tiernísimo, un hermano ejemplar. Los pobres eran sus hijos; los desgraciados sus hermanos.

Él, con la sencilla elocuencia de su bondad magnánima, hallaba consuelos para todos los dolores y calmante casi siempre para los males del alma. Empero, nunca llegó á imaginarse lo que Alejandrina sentía en el fondo de su pecho; con toda su sábia esperiencia no pudo nunca conocer los insomnios, los tormentos crueles de la pobre niña, la lucha que sostenía por desterrar de su alma aquel afecto inmenso, aquella pasion profunda que empezó á enseñorearse en su corazón.....

Y la dejó crecer..... el volcan fué tomando incremento, hasta el día en que la jóven le vió en un peligro de muerte, despues de haberle visto arrostrar con serena frente toda clase de tormentos, todas las horribles crueldades que puede inventar la insensatez y la maldad.

Ya no tenía fuerzas para contemplar tanto dolor tan dignamente soportado; su corazón se rompía, y su secreto, guardado tanto

tiempo en el fondo de su alma, estaba pronto á desbordarse de sus lábios, porque ya no cabia en su pecho.

En esto los salvajes habian decretado la muerte de fray Benigno; la hoguera donde debia consumirse su cuerpo, levantaba llamas atroces, y los verdugos lanzaban gritos de júbilo porque aquel acontecimiento sobrepujaba á sus esperanzas y era un espectáculo que deseaban con ardor.

En medio de mil esclavos, rodeado de todas las pompas y atributos de la soberanía, se presentó el rey de aquella nacion de bárbaros. Llegaba dispuesto á presenciar el sacrificio del magnánimo misionero que pretendia encender en la inteligencia de su pueblo la antorcha de la verdad y de la religion.

Alejandrina se arrojó á sus plantas, y hablándole en el idioma del pais, le pidió la vida de fray Benigno.

Sorprendido el bárbaro por tanta hermosura, por tanto dolor, se quedó estático.

—¿Quién eres? la dijo sintiendo encenderse su corazon en un fuego desconocido.

—La hija adoptiva de ese hombre que vais á sacrificar; dame su vida, y toma en cambio la mia, le contestó Alejandrina en suplicante tono.

—¿Y qué me darás por ella?

—Cuanto me pidas.....

—Tu amor.

—Sea; pero no como dama, como esposa.

—Corriente; una mas, y serás la predilecta, porque no hay en mi palacio otra mas bella.

El sacrificio quedó consumado; fray Benigno, trasladado á otro pais, sin que le fuera permitido ver á Alejandrina, ignoró este acontecimiento, hasta que ella se lo reveló dos años despues, reuniéndose con él en el Brasil para volver á España.

Tuvo buen cuidado de ocultarle la causa que la hizo adoptar tan desesperada resolucion, por lo cual el noble sacerdote encontró muy extraño semejante casamiento, que reprobó con todas sus fuerzas.

La pobre Alejandrina tenia que apurar hasta las heces la copa de aquel sacrificio tan amargo; nada la era mas cruel que perder la estimacion del misionero, caer del elevadísimo concepto en que la tenia, y sin embargo, estas fueron las inmediatas consecuencias que sufrió.

Fray Benigno, al escuchar la espantosa revelacion, se quedó estático, y la dijo casi indignado, lo cual era muy extraño en su benignísimo carácter:

—¿Y es posible que seas la esposa de un bárbaro, de un hombre indigno de enlazar su mano con la tuya?

—Sí, padre mio, lo soy; no pude resistir.....

—¿Quién te obligaba?

—Me ví cercada de peligros.....

—¿Y no es preferible la muerte al deshonor?

La infeliz solo tuvo fuerza para esclamar:

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Tenia formado de la elevacion, del temple de tu alma un concepto mas alto, y siento infinito verle decaer de una manera tan lastimosa, añadió el misionero no queriendo escuchar mas acerca de aquel asunto.

Reuniéronse en el Brasil con el doctor, al que uno y otro tuvieron buen cuidado de ocultar aquella circunstancia. Llegaron á Madrid, y el misionero emprendió inmediatamente un viaje á las Provincias, donde sus asuntos le llamaban; pero fué mas bien con la idea de alejarse de la jóven, en la que no encontraba la dulce y encantadora franqueza de otras veces. Habian convenido en que pasaria por su sobrina, mientras no se presentase al mundo con su verdadero nombre, lo cual sucedió efectivamente; empero, al volver de su expedicion, la escena habia cambiado: Blanca la Estranjera desaparecia para dejar su puesto á la condesa de Paraná, marquesa de Blancarosa, esto lo sabia todo Madrid, y en tal caso, como la mision de fray Benigno estaba cumplida, al presentarse en su palacio nuevamente, lo hizo con el carácter de un amigo, lo que no dejó de impresionar á la jóven.

Las primeras palabras entre ellos fueron naturales, espontáneas,

nacian del fondo del alma; mas luego la realidad llegó á herirles, sobre todo á la condesa, que estrañando el modo de anunciarse de fray Benigno, le dijo:

—Pero, padre mio, ¿qué es esto?... ¡Usted se anuncia con la etiqueta de un estraño!.... llega V. y entra no como en su casa, sino como en la de una persona muy indiferente.

—Hija mia: el vínculo de la debilidad, de la desgracia, te ponian bajo mi amparo, y necesariamente tenia que vivir en tu casa para protegerte mas de cerca; hoy eres fuerte, libre, poderosa, y para nada te hace falta mi humildísima proteccion; por consecuencia y siguiendo mis humildes hábitos, he buscado alojamiento mas modesto, y vengo á decirte: aquí estoy, dispon siempre de mí como de un amigo.

—¿Y no conoce V. que esto es un desaire, que yo debo resentirme porque me niega V. su confianza de otras veces? ¿No me veo aun amenazada de peligros y en el caso de reclamar su poderoso auxilio?

—No lo creas; tus enemigos están vencidos, desarmados, nada pueden contra tí; y tú te hallas en el caso de vivir sola como corresponde á una persona de tu clase y de tu categoria. Además, tienes un esposo, y éste te impuso la condicion de que no volvieras á verme.

—¡Es verdad!.... pero fué una exigencia injusta, y no estoy obligada á obedecerle.

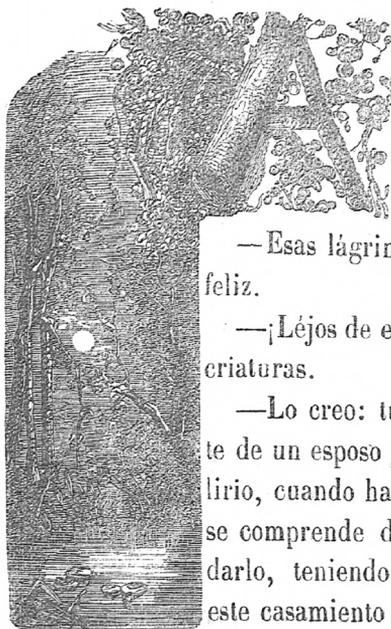
—Toda muger está obligada á cumplir sus deberes; y obedecer las órdenes de un esposo, es uno de los mas sagrados, contestó fray Benigno con alguna severidad.

Alejandrina estaba quebrantada; su corazon queria saltar de su pecho, tanto, que tuvo necesidad de cubrirse la cara con las manos, dejando escapar su llanto, largo tiempo comprimido.

## CAPÍTULO XVI.



Continúa el anterior.



NTE el espectáculo de un llanto acongojado, que revelaba un dolor inmenso, fray Benigno debió sentirse conmovido, porque con visible emocion exclamó:

—Esas lágrimas me hacen creer que no eres feliz.

—¡Léjos de eso! soy la mas desgraciada de las criaturas.

—Lo creo: tu posicion es bien crítica; ausente de un esposo que debes amar con inmenso delirio, cuando has consentido en darle tu mano, no se comprende de otro modo, sufrirás, á no dudar, teniendo que guardar silencio acerca de este casamiento que te pondria en ridículo á los ojos de la aristocrácia madrileña.

—¡Oh! ¡sabe V. leer perfectamente en el corazon humano! exclamó Alejandrina enjugando sus lágrimas y queriendo ensayar una sonrisa que era mas bien un horrible sarcasmo.

—Me pareció adivinar que un paso tan aventurado solo podria

escusarse con la existencia de una pasión irresistible!.... Te concedo demasiada elevación de alma para hacerte la ofensa de creer que cediste á la simple amenaza de un peligro personal.

—¡Oh! ¡gracias, padre mio!.... gracias: me hace V. justicia, figurándose que solo el amor pudo influir en mi determinación, dijo Alejandrina casi sofocada porque la agitación de su pecho era tan fuerte, que apenas la dejaba respirar.

Se levantó y con el pretexto de recoger en su frente enardecida alguna ráfaga del viento de la noche, salió á un balcon; pero fué mas bien con la idea de interrumpir una conversacion que lastimaba la fibra mas delicada de su alma. Poco despues volvió y dijo con aparente serenidad:

—Hablemos de negocios; ¿qué le parece á V. que haga con esos miserables?

—¿De quién me hablas?

—De mi tío D. Alvaro, y de su esposa Cristina Guanter; ya están desconceptuados en la opinión pública y huyen perseguidos por la justicia, que les persigue por deudas hoy; mañana los perseguirá por asesinos.

—Bastante castigo tienen por haberse quedado sin hogar donde refugiarse; no necesitan mas que ese, unido al público desprecio y al peso de su conciencia.

—¿Y le parece á V. que lo deje así?

—Creo que debes perdonarlos para que el Señor te perdone á tí.

—No es posible que me aconseje la venganza quien predica el Evangelio y la caridad; en fin, sea: no los perseguiré, limitándome á recobrar mi título, haciendo que se conozca la farsa de la figura de cera colocada en mi sepulcro.

—Te basta con eso para hacer valer tus derechos, y con los documentos que conservas, que afortunadamente pudimos recoger en el momento de la fuga.

—Ya obran en poder de la autoridad y no deben tardar en ponerme en posesión de mis bienes.

—Y fray Severo, ¿qué ha sido de él?

—Tambien huyó; ha reducido casi á la nulidad los bienes de esos pobres chicos, vendiendo todas las propiedades y escapando con sus tesoros quizá al extranjero, porque en Madrid no se le encuentra.

—Pero la autoridad tendrá ya conocimiento de este hecho.

—Claro; ya entiende en el asunto y esos pobres niños recobran al menos, ya que no todos sus bienes, el nombre de su padre. Aguardábamos á tener noticias de la venida de V. para entablar la demanda, comprendiendo que su declaracion sería no solo importante, sino muy necesaria.

—Pues ya estoy aquí dispuesto con todas mis fuerzas á hacer que triunfe la inocencia.

—¿Y el niño de Guillermina? ni aun me he acordado de preguntar á V. por él.

—Le he dejado en su casa; viene algo enfermo.

—No esperábamos á Vds. hasta mañana.

—Hemos adelantado un dia, porque Lúcas deseaba sorprender á su madre.

—Y ella está aquí; de modo que no sabe nada; voy á prevenirla; ha bajado al jardin, ¿á qué no adivina V. con quién?

—Es imposible.

—Con su mismo marido.

—¿Ya se han reconocido?

—No, señor; le cree verdaderamente un negro; y lo peor es que la reconciliacion que proyectábamos, no puede ya llevarse á cabo, porque Guillermina está enamorada del conde, y destruir este amor, sería su muerte.

—¿Y el doctor lo sabe?

—Perfectamente; se halla enterado de sus relaciones, y con ese egoismo tan natural en el hombre, se opondrá á que se amen y no quiere declararse.

—¿Y con qué derecho?

—Con ninguno; por eso procura evitarlo con maña, sin darse á conocer.

—Pues entonces hemos adelantado bastante, porque eso indica

un interés directo, no aquella helada indiferencia, de la que no era posible arrancarle.

—Yo me figuro que el motivo de permanecer oculto es ya una obstinacion, nada mas.

—La pasion que le sujeta á tu lado es una pasion volcánica, indestructible, que pudiera apagarse solamente con la revelacion de tu casamiento.

—¡Oh! ¡nunca! semejante confesion me mataria; no quiero que lo sepa nadie, nadie mas que V. y Lindora.

—¿Y estás resuelta á partir en cumpliendo el término que tienes concedido?

—Sí, señor: mis deberes de esposa y de madre me llaman á la India, partiré aunque sienta desgarrarse mi corazon.

—Pues si se obstina tambien en morir ó en ir contigo, como ha hecho siempre, no tendrás otro remedio que declarárselo todo.

—¿Para que deje de amarme despreciándome como hace V.? eso no, exclamó Alejandrina.

—¡Despreciarte! no, hija mia; no cabe el desprecio en mí; te compadezco, nada mas.

—¡Ah!.... ¡compasion!.... no creí nunca hallarme en el caso de inspirarla!.... exclamó Alejandrina teniendo necesidad de hacer un gran esfuerzo sobre sí misma para no dejarse impresionar nuevamente, sintiendo renovada su profunda herida.

El misionero, confuso porque no podia adivinar el fondo de aquella muger singular, se levantó.

—¿Se marcha V., padre mio?, dijo ella con tristeza.

—Sí; es tarde y necesito descansar.

—¿Conque, decididamente no quiere V. alojarse en mi casa?

—¿Para qué? tú has de marcharte muy pronto, y ocupada en tus preparativos, te sería molesta mi presencia.

—Tiene V. razon; vale mas que viva léjos, puesto que sus dulces y consoladores consejos no han de servir como otras veces para fortalecer mi alma, que tanto necesitaba de su apoyo.

—Si eres desgraciada, si mi paternal amor te sirve de consue-

lo.... habla, Alejandrina.... dime una sola palabra y me quedaré...., dijo el misionero con emocion.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio! exclamó sollozando la jóven.

—¡No sé qué tienes!.... tu lenguaje, tu modo de obrar, todo en tí es extraño, enigmático.... dime ¿qué tienes?....

—¡Nunca!.... márchese V.. sí; es lo mejor.... yo no puedo revelarles el espantoso secreto de mi alma, que morirá conmigo!....

—¡Tú padeces! ¿y no puedo saber la causa ni como confesor, ni como amigo?

—De ningun modo, de ninguno...., adios.

Alejandrina se alejó precipitadamente; un momento mas y se hubiera perdido, dejando escapar de su pecho una revelacion que anhelaba ocultar al mundo entero y á sí propia.

Fray Benigno bajó la cabeza con dolorosa tristeza, y sus labios murmuraron en voz baja una plegaria, que fué dirigida al trono del Señor con la dulce fé de una conciencia virginal. Él en sus luchas, en sus combates interiores con las pasiones del mundo, tenia por apoyo la fé, la esperanza divina y la religion, hermosas armas que le ayudaban siempre á salir triunfante en las borrascas de la vida.

Luego, con lento y mesurado paso salió del gabinete; al paso encontró en uno de los salones á Lindora, que le dijo:

—¿Ya está V. aquí, padre mio? ¡cuán felices somos en volverle á ver!

—¿Tanto me amais?

—Mucho; en nuestras oraciones, tanto mi señora como yo, siempre rogábamos al cielo por la preciosa vida de V.

—Gracias, hijas mías.... tambien yo he pedido á Dios por vuestra felicidad.

—¡Ay!.... ¡la felicidad en el mundo es una quimera!

—¿Qué dices?

—Que mi querida señora es muy desgraciada, y al contemplar sus lágrimas, su prolongado martirio, cuando tanto merecé la dicha por su abnegacion y sus virtudes, no puedo menos de creer la ventura una ilusion.

—Conque, ¿tanto sufre? será por la ausencia de su esposo y de su hija.... ya se acerca el término de reunirse á ellos, y pronto hallará en los brazos del hombre que tanto ama, la compensacion á todas sus penas.

—¿De quién habla V.?

—Del rey, su marido.

—Es precisamente lo que mas tiembla, reunirse á él, porque no le ama ni nunca ha podido amarle.

—¿Que no le ama? ¿estás loca? entonces, ¿por qué se ha casado con él, sacrificándole su reputacion, su nombre.... y su honor?

—¡Ay, querido fray Benigno! ese es el secreto que la mata; ese es el dardo que martiriza su corazon, conduciéndola al sepulcro lentamente.

Lindora enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas. El misionero, meditabundo, sombrío, recordó las palabras de Alejandrina, estremeciéndose como si un presentimiento cruel hubiera lastimado su corazon.

Luego exclamó con viveza:

—Pero, ¿por qué se ha casado?... ¿por qué?... Necesito saberlo.

—Eso nunca; yo debo respetar sus secretos, contestó con firmeza Lindora.

—Esta reserva me ofende, no en tí, hija mia; tú cumples tu deber; sino en ella, que retirándome su confianza, me oculta hechos de tanta trascendencia, desfigurándolos y hasta engañándome, haciéndome creer una cosa por otra.

—¡Ah! por Dios, no aumente V. nuestra desgracia, privándonos de su cariño.

—Mi dignidad me manda salir de esta casa, en la que ya no se me mira como á un padre cariñoso y leal.

—¿Y no volverá V.?

—No, hija, no volveré; escribiré á tu señora mi resolucion, no obstante que tú tambien se la manifestarás.

—¡Otra contrariedad! otro disgusto, exclamó Lindora con pena.

—Adios, Lindora; no llores.